



C A R A C A S
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 16 - N.º 151
ENERO, 1953

Las elecciones del 30 de noviembre han venido a despertar a muchos ingenuos del beatífico sueño de despreocupación, en que la paz social, de que gozan sin pena ni gloria, los ha sumido en los últimos años.

Han visto con sorpresa que el oso marxista vive pleno de vigor y rugiendo amenazas en la dispersa masa popular. El marxismo comunista e internacional, por una parte, —unque no se trata ciertamente del sector más vigoroso—, alentado por la inexplicable supervivencia de la Embajada Soviética en Caracas hasta fechas demasiado recientes; y el marxismo criollo o “adeco” por otra parte, en forma de partido perseguido y aureolado de martirio, sin que se haya hecho nada verdaderamente eficaz para desacreditarlo ante el pueblo venezolano, con la simple exhibición de los fracasos de su trienio. El trienio del pavoroso despilfarro de los bienes nacionales sin ninguna realización a la vista; el trienio de la profunda deseducación del pueblo, sobre todo el sector asalariado, al que sólo se le predicaron sus derechos y se exaltó el manguareo, la parranda, la borrachera, la imprevisión, la insolencia, el divorcio, el concubinato y se le concedieron toda clase de tolerancias y laxitudes, como para igualar a todos los hijos de la patria en una sola línea de vulgaridad, pereza y degeneración. Confesemos, aunque sea hora tardía de reconocimientos, que nada verdaderamente eficaz se ha hecho para hacerle percibir al pueblo venezolano el inmenso mal que Acción Democrática le causó en lo más íntimo de su ser. En cambio se la ha perseguido en escaramuzas torpes hasta convertirla, en la clandestinidad, en organismo de resistencia maravillosamente organizado, con cuadros móviles de portentosa precisión, y con el cultivo de una “periferia”, que es su obra de arte, y consiste en un diluído sector de amigos, simpatizantes, comprometidos en negocios inconfesables, amarrados por intereses creados en el comercio, en la política y hasta en las más altas esferas de los organismos oficiales.

PIO XII,
STALIN
O EPICURO.

Llegaríamos a reconocer como una bendición de Dios el que la experiencia del 30 de noviembre abriera los ojos al grupo de los más avisados; al sector menos abotagado por el beleño de nuestra vida regalaña y despreocupada en este período de vida nacional demasiado lumino-

so y ofuscante por gracia y desventura de nuestra milagrera y frágil prosperidad económica.

Hemos escuchado estos días de labios sinceros —y ciertamente poco sospechosos de clericalismo— una frase contundente: “No queda más remedio: Pío XII o Stalin!” Quien así habló formulaba una gran verdad, pero desgraciadamente no reflejaba ni la realidad de Venezuela ni la realidad del mundo.

Es cierto que existen dos grupos: tal vez sinceros los dos, tal vez sectarios, idealistas, místicos, en la acepción imprecisa con que esos adjetivos se usan en la literatura contemporánea. Existe un escuadrón de comunistas sinceros y otro de sinceros católicos. Pero no pasan de ser minorías selectas que se debaten en una contienda colosal y de inmensa trascendencia para el porvenir de la humanidad.

Pero junto a estos dos escuadrones, vejeta un inmenso sector positivista, epicúreo, entregado totalmente con ansias animales a los placeres de la vida. Capitalistas y empresarios que hablan de la doctrina social de los Papas, porque defiende la propiedad y condena la lucha de clases; pero ignoran que reclama el salario justo, el salario familiar y la participación del trabajo en los beneficios de la empresa. Comerciantes sin escrúpulos que buscan en la Iglesia la prédica del orden y de la paz social; y olvidan que ofenden en lo más íntimo la doctrina católica de la justicia cuando, con sus criminales ganancias del cien y doscientos por ciento, chupan la sangre del trabajador y del productor laborioso. Terratenientes, que hacen alarde de un fácil catolicismo de prácticas exteriores; y luego exprimen a sus colonos, expulsan a capricho a sus conuqueros, los maltratan como objetos de uso o los utilizan como meros instrumentos para la producción lucrativa, olvidando su dignidad de hombres y de hijos de Dios. Sibaritas de club y de salón, dispuestos a ponderar pomposamente al Pontífice de las ideas luminosas contra la barbarie soviética, de los gestos benéficos y de las exhortaciones a la paz; mientras conculcan la moral cristiana en sus más profundas raíces y en sus conclusiones más trascendentales con su vida crapulosa de adulterio, voluptuosidad y degeneración.

Pío XII o Stalin. Así es. Pero los insensatos que se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena y con su criterio de vida positivista y epicúreo preparan el camino del materialismo comunista, son los mejores aliados de Stalin.

Tres criterios de vida se discuten el dominio del mundo. El positivista: Epicuro. El materialista: Stalin. El espiritualista: Pío XII. No todo el que reniega de Stalin está necesariamente con Pío XII. Por desgracia son muchos los positivistas que desearían que los valientes, los abnegados, los místicos dieran la batalla al materialismo moscovita, para seguir ellos en el disfrute animal de su vida epicúrea.

M. A. E.